

EL COLOMBIANO - XII - 27-98 ; Pag 9C

Medicina de luto

En las dos últimas semanas la muerte ha golpeado despiadadamente al cuerpo médico. Antonio Lopera Montaña, Hernando Echeverri Mejía y Gabriel Correa Vélez.

Gabriel Correa Vélez, a quien puede resumirse con la frase que él usara para calificar a quien bien se lo merecía, "fue una vida útil". Y la de Gabriel, de las más plenamente útiles.

Su modo de ser engañosamente ajeno a efusiones de cariño, pasó oculto a la comunidad médica que mucho debió a sus afanes en bien de la profesión. El Colegio Médico de Antioquia, al cual sirvió con desvelado afán, fue escenario de una de sus grandes preocupaciones. Los que allí actuamos en otro tiempo podemos testimoniar el aporte que Correa Vélez llevó en ideas y en respaldo de quienes no cesaron en su lucha por la dignificación profesional. No fue ajeno a la decisión que tras días y semanas de estudio, de valoración de pros y de contras, llevó al Colegio Médico a escoger finalmente la sindicalización de sus agremiados que la Federación Médica Nacional buscó a través de todas las seccionales. Es un capítulo de historia médica que no podrá esquivarse en el futuro. Lo que aquella sindicalización tuvo como gesto de rebeldía parece que se agotó. La Ley 100, cuya aplicación convirtió a médicos y odontólogos en jornaleros de las empresas aseguradoras, fue la prueba de fuego que no resistió la solidaridad sindical.

Pero Gabriel Correa Vélez dejó marcada huella también con su presencia en el Seguro Social. Lo mismo en su calidad de médico como de directivo, tenía derecho a ser exigente porque él mismo se imponía una disciplina de estudio que lo hacía ser eficiente al tiempo que estricto.

En ninguna parte se dio tan totalmente como en el Hospital Pablo Tobón Uribe. Fue allí donde puso cerebro y corazón en sacar adelante esa obra de cuya acogida a la convocatoria de su director, a cuantos fuimos amigos y admiradores de Correa Vélez a rendir el postrer homenaje a sus cenizas en la capilla de aquel hospital.

Deliberadamente se ha dejado para el final la semblanza de Gabriel Correa Vélez como médico. La acogida tan extraordinaria de que gozó fue su mejor diploma de idoneidad. A su bien aprovechada experiencia de médico rural agregó su insaciable sed de conocimientos que usó sin agresividad, con sentido pedagógico, como lo saben quienes en la Clínica León XIII fueron sus afortunados discípulos y, por ende, los enfermos beneficiarios de su saber. Perteneció a esa pléyade de galenos que hicieron del examen médico y del diagnóstico el más fascinante ejercicio de disciplina intelectual. Fue un regalo de la vida ser espectador de ese torneo mental de conocimientos, de compartimiento de experiencias de dos entre los grandes clínicos de aquellos días: Gabriel Zapata Lotero y su tocayo Correa Vélez. Ese goce indescriptible, ese inigualable sabor espiritual que muy escasos médicos de hoy gustan, el de saber que el diagnóstico fue suyo, fruto de estudio, de experiencia y de observación propias y no resultado final de máquinas sin sentimiento, ese placer, repetimos, es el precio inestimable que ennobleció nuestra profesión. Esa profesión a la que Gabriel Correa Vélez colmó de dignidad y de respeto.

Alfredo Naranjo V.